

No se puede escribir en el hogar, le dijo una vez a su madre, no cuando está lleno de la mierda de uno. *Ellos se acercarían a las chicas del internado como una serpiente de dos cabezas*. Barcelona también estaba llena de mierda, pero de mierda ajena, mierda que no tenía nada que ver con ella. *Diego y Eduardo serían uno solo*. Eso era lo bueno de vivir en España: que podía escribir como mexicana. *Diego tendría el cabello bañado en petróleo*. Escribir como mexicana significaba ser una cascada sin río. *Eduardo tendría ojos de xopilote*. Nunca fue tan consciente de su mexicanidad como cuando llegó a Barcelona. *Los ojos de Diego mirarían a través de las cosas*. Nunca el lema chovinista de la UNAM, “Por mi raza hablará el espíritu”, tuvo tanto sentido. *El cabello de Eduardo cubriría un centímetro de su frente con rizos de color de trigo*. En Barcelona podía escribir sin tener que demostrar quién era. *Vasconcelos era un pinche pendejo*.

Caminó nuevamente hacia la cama y se dejó caer junto a la página en blanco. *Los circos eran metáforas muertas*. La semana pasada había borrado hasta la última línea de lo que presentó para la beca FONCA. *Los circos eran la infancia*. Veinte páginas escuálidas, un archivo .docx con las oraciones lánguidas de una voz que no era la suya, fueron a parar a la papelera sin ningún remordimiento. *Quería escribir desde cero*. Remordimiento era una palabra curiosa. *Quería escribir como si cero fuera algo más que una oquedad*. Significaba morderse la conciencia en bis; clavarle los dientes igual que a un chicle. *Quería escribir como si cero fuera un punto desde donde se pudiera partir*. El circo era un uróboros remordiéndose la cola. *Pero escribir desde cero era imposible*. Una novela podía ser un uróboros. *¿Por qué una novela pornográfica? ¿Por qué Nella? ¿Por qué Diego? ¿Por qué Eduardo?* Tenía que ser posible crear un lenguaje que no se remordiera. Su intención, la más honesta de todas, era la de explorar lo inquietante; la de decir lo que no podía decirse. *¿Hay algo más humano que los deseos y los temores y la indiferencia a los deseos y a los temores de otros?* En lo prohibido estaba todo principio creador. *La literatura no puede distraerse con elefantes, tiene que apartarlos y ver al acróbata caído, interesarse por su sufrimiento, por la mueca de dolor con la que lo llevan tras bambalinas porque desentona, porque rompe la armonía, porque obsceniza el espectáculo*. En lo prohibido se acurrucaba, temerosa, la sintaxis social. *Escribir sólo tiene sentido, se repitió, si es para ver a través de los elefantes*. Y, sin embargo, la habitación era un refugio-reptil-muro donde resonaba su voz indiferente a otras miles de voces, donde su voz apagaba las demás de un sólo soplo, donde era sorda y ciega, pero no muda, y su condición la hacía balbucear a la nada y remorderse las uñas y saberse sola sin poder escucharse, sin poder saber si las palabras salían de su boca o corrían como trenes dentro de su imaginación.

Tres golpes contra la puerta la hicieron cerrarse como una ostra.

— ¿Quién?

La voz de Iván: una mano agarrándola del pelo.

— Sal de tu baticueva, güey. Madrearon al Cuco.